

RETIRO

17, diciembre

Adviento

Señor Jesús, queremos vivir los mismos sentimientos de tu madre, María, ya embarazada.

Queremos vivir la alegría de la espera

Queremos vivir la esperanza por lo que nos va a suceder.

Ruega por nosotros,
Madre de la Iglesia.

Ruega por nosotros
esperanza nuestra

Virgen del Adviento,
esperanza nuestra,
de Jesús la aurora,
del cielo la puerta.

Madre de los hombres,
de la mar estrella,

llévanos a Cristo,
danos sus promesas.

Eres, Virgen Madre,
la de gracia llena,
del Señor la esclava,
del mundo la reina.

Alza nuestros ojos
hacia tu belleza,
guía nuestros pasos
a la vida eterna.

Ven, Señor Jesús

En éstos días la Iglesia repite una oración: ¡Ven, Señor!. La Iglesia llama al Señor para que venga.

La Iglesia hace esto porque está en espera de un parto. También la Iglesia está como María: en espera del parto.

En su corazón la Virgen sentía lo que sienten todas las mujeres en ese momento tan especial: esas percepciones interiores en su cuerpo y en su alma de las cuales comprende que el hijo ya está por nacer. Y en su corazón decía seguramente al niño que llevaba en su seno: *Ven, quiero mirarte a la cara porque me han dicho que serás grande.*

Es una experiencia espiritual que vivimos también nosotros como Iglesia, porque acompañamos a la Virgen en este camino de espera. Y queremos apresurar este nacimiento del Señor.

Una invocación evocada también en los últimos versículos de la Biblia cuando, al final del libro del Apocalipsis, la Iglesia repite: Ven, Señor Jesús. Y lo hace con esa palabra aramea —*maranathà*— que puede significar un deseo o también una seguridad: el Señor viene.

En realidad, el Señor viene dos veces. La primera es la que conmemoramos ahora, el nacimiento físico. Luego vendrá al final, a cerrar la historia. Pero san Bernardo nos

dice que hay una tercera venida del Señor: la de cada día.

En efecto el Señor cada día visita a su Iglesia. Nos visita a cada uno de nosotros. Y también nuestra alma entra en esta semejanza: nuestra alma se asemeja a la Iglesia; nuestra alma se asemeja a María.

Por lo tanto nuestra alma está en espera, en espera por la venida del Señor. Un alma abierta que llama: ¡ven, Señor!. Precisamente en estos días el Espíritu Santo mueve el corazón de cada uno a hacer esta oración: ¡ven, ven!.

Esta condición de la Iglesia y nuestra nos hace una pregunta:

¿Estamos en espera o estamos cerrados? ¿Estamos vigilantes o estamos seguros en un albergue en el camino y ya no queremos ir más adelante? ¿Somos peregrinos o somos errantes?.

He aquí por qué la Iglesia nos invita a rezar con este ¡Ven!. Se trata, en definitiva, de abrir nuestra alma para que en estos días esté vigilante en la espera.

Es una invitación a comprender qué sucede a nuestro alrededor: si viene el Señor o si no viene; si hay sitio para el Señor o hay sólo sitio para las fiestas, para hacer compras, hacer ruido. Una reflexión que lleva a otra pregunta dirigida a nosotros mismos: ¿Nuestra alma está abierta, como estaba abierta la Virgen? ¿O nuestra alma está cerrada y hemos colgado en la puerta un cartel, muy educado, que dice: se ruega no molestar?.

Así con la Virgen y con la madre Iglesia nos hará bien repetir hoy en oración estas invocación: *Ven, Señor Jesús.*

Una invocación que se convierte en examen de conciencia, para verificar cómo es nuestra alma y hacer que no sea un alma que diga a los demás que no le molesten, sino más bien un alma abierta, un alma grande para recibir al Señor en estos días.

Una invocación que me haga caer en la cuenta que realidad de mi vida a de venir el Señor Jesús, ¿a mi afectividad, a mi trabajo, a mi alegría, y mi cariño, a mis esfuerzos, a mis desencantos, a mis ideales...?

Suplicas

Maranatha, Ven Señor Jesús

Haz que abandone la alforja que hasta ahora he llevado.

Haz que rechace el vestido que traje hasta aquí.

Haz que me quede desnudo ante tu presencia.

Haz que abandone mi vieja razón de vivir.

Dame valor en la lucha que tengo conmigo,

y haz que comprenda que sólo un rival tengo yo.

Ese rival es el diablo que llevo en mi adentro.

Cuando me venza a mi mismo seré ya de Dios.

Ven, ven, Señor, no tardes.

Ven, ven, que te esperamos.

Ven, ven, Señor, no tardes,

ven pronto, Señor.

Envuelto en sombría noche,

el mundo, sin paz, no ve;

buscando va una esperanza,

buscando, Señor, tu fe.

El mundo muere de frío,

el alma perdió el calor,

los hombres no son hermanos,

el mundo no tiene amor.

Al mundo le falta vida,

al mundo le falta luz,

al mundo le falta el cielo,

al mundo le faltas tú.

Reflexion

¿Donde está el “frío” de mi vida?

¿Dónde capto la falta de vida, de luz, de cielo, la falta de Dios?

Navidad

Señor Jesús, venimos a contemplarte en Belen.

Venimos a entrar en los sentimientos de tu madre, ya contigo en sus brazos.

Ver a Dios en la criatura,
ver a Dios hecho mortal
y ver en humano portal
la celestial hermosura.

¡Gran merced y gran ventura
a quien verlo mereció!
¡Quién lo viera y fuera yo!

Ver llorar a la alegría,
ver tan pobre a la riqueza,
ver tan baja a la grandeza
y ver que Dios lo quería.

¡Gran merced fue en aquel día
la que el hombre recibió!
¡Quién lo viera y fuera yo!

Poner paz en tanta guerra,
calor donde hay tanto frío,
ser de todos lo que es mío,
plantar un cielo en la tierra.

¡Qué misión de escalofrío
la que Dios nos confió!
¡Quién lo hiciera y fuera yo. Amén.

Contemplar el misterio

Os invito a contemplar un misterio.
¿Pero un matrimonio joven y un
niño es un misterio?

Sí, porque en está realidad tan hu-
mana está amaneciendo la aurora
de la salvación para toda la huma-
nidad.

Gracias a estos jóvenes esposos y a
este niño la maldad, toda la maldad
y la desgracia, todas las desgracias

no van a triunfar, no tendrán la úl-
tima palabra.

Gracias a este niño la vida ahora se
puede arreglar.

¿Pero un niño puede arreglar tanto
dolor de nuestra historia?

¿Quien es este niño?

Se llama Jesus que significa “Dios
salva”.

Este niño se llama “Enmanuel” que significa “Dios con nosotros”

Este niño es “Dios salva” y “ Dios con nosotros”

Es un misterio no porque no lleguemos del todo a comprenderlo con nuestra inteligencia lo que esa noche sucedió. No es un misterio así.

Es un misterio porque no llegamos a entenderlo desde el corazón, no somos nosotros tan capaces de amar, tal y como aparece allí que es amar.

A contemplar este amor vamos a dedicarnos un poco esta tarde.

Dios nos resulta difícil. Y no solo nos resulta difícil porque no es como nosotros sino porque también hay dolor, mucho dolor y parece que no interviene, y además nos resulta difícil porque interviene de una forma inesperada.

Vamos contemplar el misterio de Dios que se acerca de una forma tan inesperada. De Dios se espera que el poder, del tipo que sea, este presente con El. Y nos resulta extraño la forma tan débil en que se acerca.

Contemplad el Belén.

¿Qué veis? a una joven mujer y a su joven marido.

Han llegado a un pueblo ocupado de forasteros como ellos. Iban a cumplir un mandato del emperador romano.

Y se refugian en un establo. Allí la joven mujer da a luz a su Hijo.

Hasta aquí parece todo normal.

Hacen lo que pueden para pasar la noche. Y allí nace Jesús.

¡ Cuántos niños nacen en condiciones difíciles!

Este nacimiento nos hace mirar y reconocer nuestras debilidades.

No cerremos los ojos ante lo débil de este mundo, no cerremos los ojos ante nuestras incapacidades.

Todos tenemos el peligro de no ver más allá de nuestros intereses y de nuestro pequeño círculo. Y no vemos la debilidad del BELEN.

Y cuando podemos nos alejamos de ella y así incluso adornamos el Belén con cosas bellas y perdemos la verdad de lo que sucedió.

Pero no podemos quedarnos solo en la debilidad que aparece en este nacimiento de un pequeño en Belén de Judá hay algo más.

El primer paso de no rehuir la debilidad, de reconocerla, de no acomodarse a la debilidad nos cuesta trabajo. Más trabajo aún nos cuesta enfrentarnos a ella.

Pero en la contemplación del Belén hemos de dar un paso más.

No estamos solamente ante un pequeño nacido en condiciones difíciles sino estamos ante el Hijo eterno del Dios eterno

Dios en lo más suyo, que es su Hijo, que eternamente vive en la gloria del Padre, ha tomado nuestra condición humana.

Este sí que es un misterio que nos desborda. ¿Tanto nos ama Dios que se baja a vivir una condición nuestra, de criatura débil, para que nosotros podamos elevarnos El?

Hagamos un aprueba.

Renunciemos a algo que tenemos para rebajarnos a otros que no tienen lo nuestro y así con nuestro abajamiento fortalecemos al débil.

Pero nosotros no hacemos las cosas así, nosotros ayudamos desde fuera, no bajamos a su condición, a

veces tampoco tenemos capacidad humana para tal abajamiento.

Esta comunión con el débil parece que no es nuestra posibilidad. Pero sucede en la Iglesia gracias al Espíritu de Dios.

El Nacimiento de Cristo nos pide a los cristianos que seamos gente encarnada metidos en las condiciones difíciles de nuestro mundo y sanando nuestro mundo, curando al otro. Desde Jesús nacido en la humildad de nuestra carne me importa el paro, enfermedad, la violencia, la desigualdad, la soledad, la falta de paz

En Jesús Dios asumió nuestra carne humana mortal (Encarnación), compartió nuestro destino terreno, nuestros sufrimientos y nuestra muerte y se hizo en todo igual a nosotros, excepto en el pecado.

Nuestra condición humana será transfigurada, cuando lleguen los cielos nuevos y la tierra nueva donde habite la justicia.

La salvación de la humanidad por medio de Jesucristo comienza por tanto con una solicitud de Dios, con el consentimiento libre de una persona, y con un embarazo antes de que María estuviera casada con

José. A través de estos caminos tan poco comunes, María se convirtió para nosotros en la «puerta de la Salvación».